**El vasito**

*Coca a mil. Coca a mil. Coca a mil*, repetía una y otra vez el desdentado joven en el pasillo del colectivo. El bochornoso calor hacía que todos los pasajeros respondieran con:

* Dame uno, yo también quiero uno.
* ¡Coca!, vení pue aquí.
* Mamá, yo quiero Coca.
* Ya viene, tranquilo, mi hijo.
* Mamá, quiero Coca.
* Te dije que ya viene enseguida. ¡Coca!

Y todos, tanto niños como adultos adquirían el agua del imperio yanqui en un vaso de plástico, que se llenaba una y otra vez de negras espumas efervescentes.

El colectivo iba parando de trecho en trecho sobre la ruta Transchaco; y más gente iba colmando el vetusto vehículo. Adentro se respiraba un tufo asfixiante, mezcla de sudor, sobaquina y cuerpos no lavados. Todos chorreaban aquella tarde de febrero. La humedad era verdaderamente insoportable y los pasajeros querían aplacarla con más Coca.

* ¡Coca, *eju* pue! - gritaban los de adelante.
* ¡Coca! ¡Coca! ¡Coca! - gritaban los de atrás.

 El pequeño Silvio observaba cómo la gente tiraba el vasito de plástico por la ventanilla del ómnibus al terminar de beber la gaseosa.

* Mamá, quiero Coca- insistió el niño.

La madre también llamó al vendedor y compró un vaso para su querido hijo y otro para ella. Silvio disfrutó gota a gota del espumante líquido, cuyos gases le hacían cosquillas en la nariz. La madre al terminar de beber hizo lo mismo que todos: arrojó el vasito por la ventana.

A la altura de la Expo un coche Chevrolet, muy lujoso, venía a toda velocidad como queriendo acortar distancias entre el centro de Asunción y el Shopping Mariano, de donde la bella Ariana, de veinte años de edad, salía apresuradamente por razones laborales. Ella tenía la radio a todo volumen y el aire acondicionado encendido. Estaba nerviosa y fumaba sin parar. Su mente estaba en llegar a tiempo al Hotel Granados Park para una reunión con empresarios chilenos, quienes le dijeron que la esperarían hasta las cuatro de la tarde. Ya eran las tres y cuarenta y cinco cuando se cruzó con el colectivo en que Silvio acababa de terminar su Coca e imitaba a su madre arrojando el vasito por la ventanilla, el cual voló por los aires y fue a dar con ímpetu en el parabrisas del glamoroso auto. Ariana, del susto giró a la izquierda y fue a embestir violentamente un poste de electricidad que se partió en dos, cayendo parte del mismo sobre otro vehículo y ocasionando una colisión múltiple. El coche de la joven quedó como un bandoneón. Silvio estaba feliz con la Coca que había tomado. Ariana nunca llegó a su cita laboral. El colectivo en que Silvio viajaba continuó felizmente su trayecto hasta Limpio, con el incesante repique del vendedor: ¡Coca a mil! ¡Coca a mil! ¡Coca a mil!

**(En “Paraguayos, República y Muertos” de Nelson Aguilera)**